

que unos años con otros pasan á Europa, la inmensa mayoría regresan á su país más estúpidamente fanáticos que antes, si no es que vuelven más bribones y cargados de vicios; y que si todos se quedan estupefactos en presencia del esplendor de nuestras ciudades y de las maravillas de nuestra industria, ninguno conserva de ello impresiones tan profundas, ni recuerdos tan vivos, que influyan en él para que, por ellos impulsado, se decida á hacer algo, á probar, á imitar: ninguno intenta siquiera el más insignificante ensayo, íntimamente persuadidos, como todos están, de la inferioridad en que se halla su país: ninguno, en fin, dado que por su mente cruzaran semejantes intentos, se arriesgaría á ponerlos por obra, y menos aún á difundirlos, temeroso de atraerse la calificación de musulmán renegado, enemigo de su país.

—¿Qué os parece, pues, de nuestras ciudades?— le pregunté.

Contemplóme fijamente, y me contestó con la mayor indiferencia:

—Calles anchas, tiendas hermosas, palacios magníficos, grandes fábricas... y todo muy limpio.

Con esto pareció haber dicho cuanto de honroso para nosotros podía manifestar.

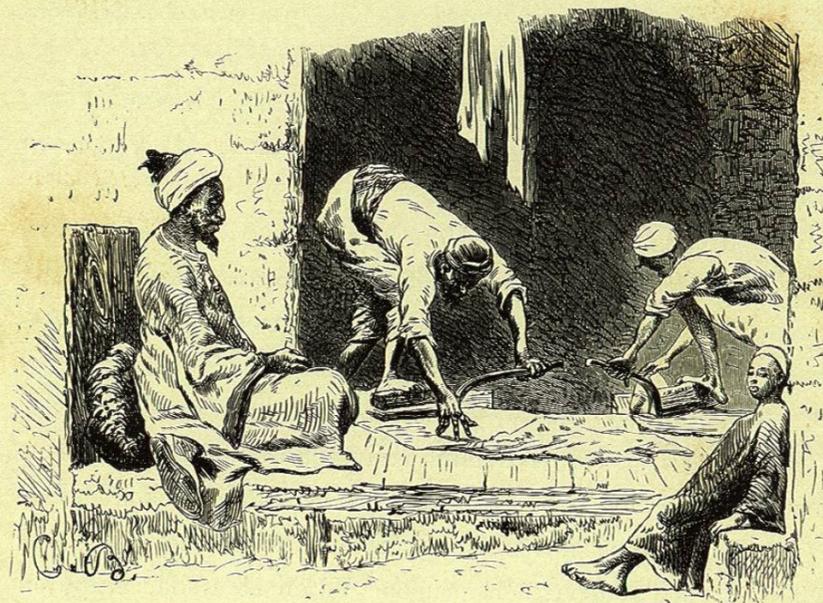
—¿Nada más habéis visto que por su bondad y hermosura haya llamado vuestra atención?

Miróme, cual si á su vez deseara saber qué era lo que podía haber visto.

—¿Pero es posible,— insistí,— que una persona grave y circunspecta como sois; que ha visto varios países tan extraordinariamente distintos del suyo y al mismo superiores, no hable de ellos con sorpresa, con la viveza siquiera con que el muchacho de un *aduar* hablaría del palacio de un *bajá*?

¿Entonces de qué os sorprendéis en el mundo? ¿Qué gentes sois? ¿Quién es capaz de comprenderos?

—*Perdone usted*¹,— contestó fríamente,— si soy yo quien debe decir que no le comprendo á usted. Cuando he manifestado cuáles son las cosas en las cuales, á mi juicio, nos sois



Planchadores

superiores, ¿qué pretendéis que añada? ¿Queréis acaso que os diga una cosa distinta de lo que pienso? Os digo que vuestras calles son mucho más anchas que las nuestras, que vuestras tiendas son muy hermosas, que poseéis magníficos palacios, fábricas inmensas que nosotros no tenemos. En mi concepto no debo añadir una palabra más. Sí, todavía diré otra cosa: y es que sabéis más que nosotros, porque tenéis libros y leéis.

¹ Ponemos de cursiva las palabras españolas que se encuentran en el original.

Hice un gesto de impaciencia.

—No os impacientéis, *caballero*, hablemos con calma. Indudablemente opináis que el primer deber del hombre, lo que le hace más digno de aprecio, es aquello en que un país debe ser superior á los demás, es decir, la honradez, ¿no es verdad? Pues bien, en lo que á honradez se refiere, tengo para mí que en manera alguna podéis consideraros superiores á nosotros. Y sino á las pruebas me remito.

—Poco á poco, explicadme antes, si no lo habéis á mal, qué es lo que pretendéis expresar por medio de la palabra honradez.

—Voy á satisfaceros. Honradez en el comercio, *caballero*. Los moros, por ejemplo, en negocios mercantiles, á veces engañan á los europeos; pero vosotros, europeos, con mucha más frecuencia engañáis á los moros.

—Serán casos raros, — contesté para decir algo.

—¿Casos raros? — exclamó animándose. — ¡Casos que se verifican todos los días! (Al llegar á este punto quisiera tener á mi disposición su lenguaje cortado, vehemente y al par infantil). Á la prueba, á la prueba. Yo en Marsella. Estoy en Marsella. Compró algodón. Elijo el hilo, así de recio. Digo, este número, esta marca, tanta cantidad, remitidme. Pago, parto, llego á Marruecos, recibo algodón, abro, miro, el mismo número, idéntica marca... ¡hilo tres veces más fino! ¡no puede aprovecharse! miles de pesetas perdidas. Corro al consulado... nada... *Otro* mercader de Fez pide á Europa paño azul turquí, tantas piezas, ancho tanto, largo tanto, conformes, pagado. Recibe el paño, abre, examina, mide: primeras piezas, exacto; debajo más cortas; ¡las últimas medio metro menor! No aprovechan para capas; mercader arruinado. *Otro, otro*. Comerciante de Marruecos pide á Europa mil metros de galón de

oro para los oficiales y envía el dinero. Llega galón, cortado, cosido, usado... ¡falso, no oro, cobre! ¡*Y otros, y otros, y otros!*

Dicho esto levantó los ojos al cielo, y después volviéndolos á mí de repente, añadió:

—¿Más honrados vosotros?

Repetí que no podían ser más que casos excepcionales y no contestó, sino por el contrario, continuó diciendo:

—¿Más religiosos vosotros? No.

Añadiendo al cabo de un rato.

—¡No! Basta haber entrado una sola vez en vuestras *mezquitas*.

—Decid, decid, — añadió luego tomando ánimos en vista de mi silencio. — ¿En vuestro país, acaecen menos *matamientos*? (asesinatos).

Comprometido me habría visto si me hubiesen obligado á contestar una pregunta tan categórica. ¿Qué habría dicho si le hubiese confesado que sólo en Italia se cometen anualmente tres mil homicidios, y que entre condenados y pendientes de sentencia existen noventa mil reos en los establecimientos públicos penales! Así es que leyendo en mis ojos la respuesta, me dijo:

—¡No lo creo!

Convencido de que en este terreno las ventajas estaban de su parte, ataquélo echando mano de los manoseados argumentos sobre la cuestión de la poligamia.

Saltó como si le hubiese herido con un hierro hecho ascua.

—¡Siempre lo mismo! — contestó poniéndose encarnado hasta las orejas. — ¡Siempre lo mismo! ¡Como si vosotros tuvieseis una sola mujer! ¿Pretenderéis hacer que lo creamos? Una sola es vuestra; pero después lo son las *de los otros*, y las que son *de todos y de nadie*. ¡París! ¡Londres! Cafés llenos,

calles llenas, teatros llenos. ¡Vergüenza! ¡Y reprocháis á los moros!

Así hablando, estrujaba con mano trémula su rosario, y de cuando en cuando se volvía hacia mí, con un ligero sonrís, cual si quisiera darme á entender que no tomara á mal su manera de hablar, ya que no se refería á mí, sino á Europa.

Viendo que tomaba muy á pechos este asunto, desvié la conversación llevándola á terreno menos candente y le pregunté si sostendría también que nuestra manera de vivir no llevaba ventaja á la suya. En este punto estuvo cómico por demás. No parecía sino que llevaba aparejada la contestación.

—Cierto,— contestó con acento picantemente irónico,— cierto... ¿Sol? Sombrilla. ¿Lluvia? Paraguas. ¿Polvo? Guantes. ¿Caminar? Bastón. ¿Mirar? Espejuelos. ¿Pasear? Coche. ¿Sentarse? Balancín. ¿Comer? Instrumentos. ¿Calentura? Médico. ¿Muerto? Estatua. ¡Uf! ¡Cuántas cosas habéis de menester! ¡Qué hombres *por Dios!* ¡Qué chiquillos!

En resolución, nada encontraba bueno. Hasta encontró con que reir respecto de la arquitectura.

—¡Cómo, cómo!— contestó cuando le hablé de las comodidades de nuestras habitaciones. — Vivís trescientos en una misma casa, amontonados los unos encima de los otros, y luego, subir, subir, subir, y falta aire, y falta sol, y falta jardín.

Entonces le hablé de las leyes, del gobierno, de libertad y otras cosas por el estilo; y como era un hombre de penetración perspicaz, creí haber conseguido, ya que no hacerle comprender toda la diferencia que respecto de este particular existe entre el nuestro y su país, por lo menos haber dicho lo bastante para que la pudiera vislumbrar.

Viendo que en esta materia no podía sostener la compe-

tencia, cambió repentinamente de asunto y mirándome de pies á cabeza, me dijo sonriendo:

— *Mal vestidos.*

Contestéle que el vestido era lo de menos, y le pregunté si reconocía nuestra superioridad, siquiera en que en vez de pasarnos como ellos las horas muertas sentados en un almohadón con las piernas cruzadas, empleábamos el tiempo en mil cosas más útiles y agradables.

Contestóme á esto de una manera tan sutil que me dejó sin saber qué decir, pues manifestóme que no le parecía buena señal, esto de tener que hacer tantas cosas para pasar el tiempo.

—¿Imagináis por ventura que la vida sea, pues, para nosotros un suplicio, y que no podemos estar una hora siquiera sin ocuparnos en algo, sin distraernos, sin trabajar afanadamente, sin proporcionarnos alguna diversión? ¿Tenemos miedo tal vez de nosotros mismos? ¿Sentimos acaso en nuestro interior algo que nos atormenta?

— Considerad, sin embargo, — le dije, el tristísimo espectáculo que ofrecen vuestras ciudades. ¡Qué soledad, qué silencio, qué miseria! ¿Habéis estado en París? Comparad, pues, con las de París, las calles de Fez.

Aquí estuvo sublime. Púsose en pie riendo, y con el gesto, más bien que con la palabra, hizo una descripción amenísima



Muchachos hebreos